

***E PLURIBUS UNUM. UNA APROXIMACIÓN AL ESTUDIO
DE LAS REFERENCIAS AL MUNDO CLÁSICO
EN EL NACIMIENTO DE LOS ESTADOS UNIDOS***

José Luis Pellicer Mor
Profesor de Historia
IES 26 (Misericordia, Valencia)

En el reverso del billete de un dólar norteamericano puede verse la efigie de un águila¹ sosteniendo por el pico una cinta inscrita con la expresión *e pluribus unum* ('de muchos, uno'), un lema que nos proponemos tomar como punto de partida para acometer un breve estudio acerca de la influencia que las ideas y modelos procedentes del mundo clásico pudieron tener en el surgimiento de los Estados Unidos. La propia expresión latina *e pluribus unum* nos presta ya desde el comienzo un inigualable servicio por su propio y debatido origen. Es innegable que el hecho de exhibir trece letras² la convirtió de partida en una frase simbólica de las célebres trece colonias que iniciaron su guerra revolucionaria contra la corona británica cuando daba comienzo el agitado y último cuarto del siglo XVIII. Gracias al muy exhaustivo estudio que acerca de esta frase llevara a cabo Monroe E. Deutsch en *The Classical Journal* en 1923 nos son conocidos muchos de los avatares relacionados con el origen de la frase. El mismo día que ha pasado a la historia unido a la firma de la Declaración de Independencia (4 de julio de 1776), un comité especial en el que nombres tan destacados como los de Benjamín Franklin, John Adams y Thomas Jefferson fue nombrado para la propuesta de un diseño del

Gran Sello de los Estados Unidos. Los mencionados miembros debieron tomarse el encargo con gran diligencia ya que en apenas dos semanas, el 20 de Julio, apareció por primera vez la propuesta de un diseño que incluiría como lema la conocida expresión latina que da título a este artículo.³ El lema no sería inmediatamente adoptado y todavía un segundo y hasta un tercer comité intervendrían en el asunto proponiendo nuevas y diferentes frases del estilo *bello vel paci* o *virtute perennis*,⁴ hasta que en 1782 el secretario del Congreso Continental, Charles Thomson utilizó su capacidad decisoria para volver a la propuesta original lo que zanjó la cuestión. Un asunto menos claro es el propio origen de la expresión. La teoría más frecuentemente esgrimida al respecto es la que liga esa frase con el *Moretum* virgiliano bajo la forma *color est e pluribus unus* ('de muchos queda un solo color'). Este curioso escrito en verso atribuido a Virgilio proporciona indicaciones precisas acerca de los pasos a seguir para preparar una crema de queso que tomaría un determinado color al mezclar los ingredientes.⁵ Metafóricamente hablando, como símbolo de la unión entre las trece colonias para formar un nuevo país, puede ser considerado un referente directo, a pesar de que autores como Deutsch opinen que no se trata de una imagen apropiada.⁶ No obstante, Virgilio no ha sido el único candidato para el lema que nos ocupa. Horacio en sus *Epístolas* introdujo la frase *Quid te exempta levat spinis de pluribus una?* (II, 2, 212), si bien en este caso la comparación sería más dudosa ya que no se potencia la idea de que de muchos surja algo nuevo, sino que una de las muchas espinas fuera arrancada o quitada.⁷ El siguiente en la lista de candidatos es nada menos que San Agustín, que en sus célebres *Confesiones* (IV, 8) utiliza la forma *et ex pluribus*

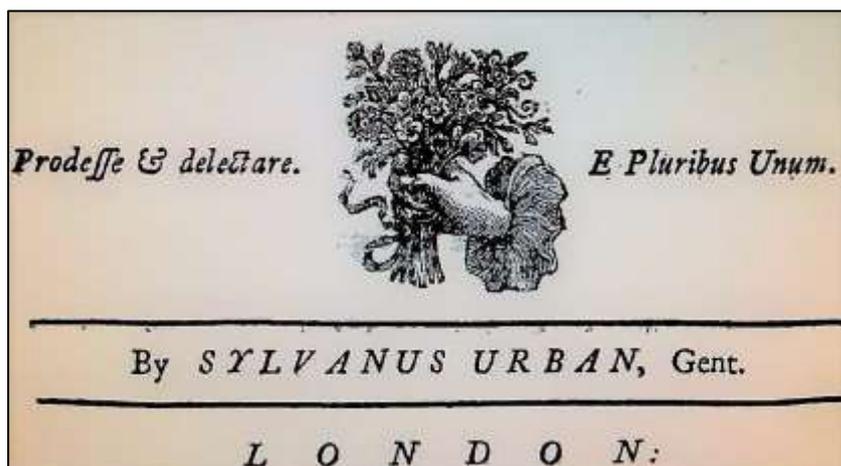


Foto del lema del *The Gentleman's Magazine* de Londres, publicación aparecida en 1731, con *E PLURIBUS UNUM* a la derecha

unum facere, en este caso refiriéndose a las almas, aunque como en los demás casos no hay prueba fehaciente e incontestable de que de ahí procediera nuestra frase. Una cuarta opinión acerca del origen de la frase es que la que defiende que los

padres de la revolución americana la tomaran del lema de una publicación ya existente, *The Gentleman's Magazine* (editada a partir de 1731) en cuya portada aparecía a modo de decoración una mano portando un manojito de flores y cada lado una expresión en latín; a la

izquierda *prodesse et delectare*, casi con toda seguridad tomado del *Ars poetica* de Horacio *aut prodesse volunt aut delectare poetae* (‘los poetas quieren ser útiles o deleitar’), y a la derecha nuestro *e pluribus unum*, frase que Deutsch fue capaz de rastrear en su estudio hasta una publicación anterior *The Gentleman’s Journal or The Monthly Miscellany*, editado en 1691 en Londres y que esgrimía idéntico lema.⁸ Aún así, la primacía en este hallazgo parece corresponder a Dorothy Foster que en su investigación *The Earliest Precursor of Our Present-Day Monthly Miscellanies* (1917) afirma que desde su segunda entrega la mencionada publicación londinense llevaba *e pluribus unum* como frase de presentación en la portada.⁹ Sin que el asunto se de por zanjado, como icono esta frase en latín ha mostrado claramente su fortaleza y su resistencia al paso del tiempo. En el Gran Sello del Senado de los Estados Unidos, de diseño mucho más tardío (el actual data de 1885), sigue triunfante el *e pluribus unum*, envolviendo un escudo con las trece barras y estrellas, con hojas de olivo y roble a cada lado, dos fasces (símbolos de poder y autoridad en Roma) en la parte inferior y un gorro de liberto o *pileus*¹⁰ (*red liberty cap* en la terminología americana) en la parte superior con la palabra *liberty* escrita en él.

Los clásicos en la revolución americana

Al igual que en la Gran Bretaña del siglo XVIII la educación basada en el estudio de los autores clásicos era una tradición que también se dio en las colonias inglesas en América. Como ha señalado Carl J. Richard en su estudio *The Founders and the Classics* (1995) “los (padres) fundadores amaban y respetaban a los clásicos por la misma razón por la que otras personas aman y respetan sus tradiciones: porque la herencia clásica les proporcionaba un sentido de identidad y de propósito.”¹¹ Las colonias, tan alejadas del modelo de vida europeo (recordemos a este respecto el célebre concepto de ‘frontera’ y de ‘pionero’ ligado a la obra del historiador F.J. Turner *El significado de la frontera en la Historia de los Estados Unidos*, 1893) contaban, no obstante, con una élite intelectual que se iba a encargar de construir una nueva imagen basada en los clásicos griegos y romanos que, una vez desatado el conflicto con la metrópoli, pronto tomó la forma de **un republicanismo idealizado del que Roma sería el más evidente y obvio modelo**, un verdadero “renacimiento de la antigua república romana.”¹² La democracia ateniense, con su asamblea soberana, su agitación política y la inexistencia de un órgano de control que equilibrara de algún modo la balanza ante la volubilidad en la toma de decisiones (es un hecho bien conocido que durante la Guerra del Peloponeso la asamblea ateniense decidió acciones de las que se podía retractar con facilidad y que afectaban a la vida

y la muerte de otros ciudadanos) la convirtieron a ojos de los ‘padres fundadores’ de los Estados Unidos en un sistema difícilmente asimilable. El fracaso de las *poleis* griegas en el campo de la unión política, como trataremos más adelante, también supuso un problema añadido para considerar su adopción como referencia.¹³

Sin duda, Roma fue para los políticos norteamericanos un ejemplo más claro, aunque también con limitaciones. John Quincy Adams, que llegaría a ser presidente de la nueva nación en 1825, eran un gran admirador de los clásicos desde su juventud, habiendo cursado estudios en Harvard, París y Amsterdam. Se decía de él que pasaba al menos dos horas al día leyendo en latín, principalmente a Cicerón, al que atribuía una altura de pensamiento sin parangón.¹⁴ Los discursos ciceronianos eran considerados por la intelectualidad americana como una inagotable fuente de información política, filosófica y moral en un momento de cambio como fue el de la revolución americana. A este respecto, Margaret Malamud en su obra *Ancient Rome and Modern America* ha afirmado lo siguiente: “La generación revolucionaria admiró el modelo romano republicano de gobierno y encontró ejemplos modélicos de comportamiento (...) Catón, Cicerón y Bruto fueron alabados por su defensa de la libertad.”¹⁵ Así, Julio César, casi por lógica política, aparecía en las antípodas de la nueva política americana. Su intervención en la caída de la república romana y los poderes dictatoriales que asumió le hicieron a los ojos de los revolucionarios americanos el prototipo de poder dictatorial. Los intensos debates acerca de los poderes que deberían ser permitidos a un futuro presidente de la nación no dejarían de tener en cuenta este ejemplo romano acerca del destino aciago que podía esperar a una república débilmente organizada.

Por otra parte, algunos de los ejemplos clásicos utilizados por los norteamericanos tomaban una forma inesperada y paradójica. La propia Esparta fue sacada a colación, no por su sistema de gobierno, difícilmente exportable a la América del siglo XVIII (y a otras *poleis* de su propio tiempo cabría decir), sino por el coraje de sus ciudadanos. John Dickinson, un hombre de leyes nacido en Maryland, escribió una serie de cartas públicas durante los años 1767 y 1768 bajo el título de *Letters of a Farmer in Pennsylvania to the Inhabitants of the British Colonies*. En ellas, firmando siempre al final como “un granjero” (*a Farmer*), aunque defendía la moderación antes de llegar a la guerra declarada y la ruptura con Inglaterra, nada menos que presentó a Esparta (carta III) como modelo en cuanto al valor y espíritu de resistencia que era necesario exhibir en aquellos azarosos días para ganar la partida ante los nuevos impuestos que el gobierno británico comenzaba a imponer sobre sus colonias americanas tras el término de la guerra de los Siete años, especialmente en lo referente a las llamadas *Towshend Acts* de 1767. La expresión latina con la que terminó esta carta *Nil*

desperandum, hablaba claramente y al mismo tiempo de su carácter moderado y de su cultura clásica.¹⁶ Esta idea de la firmeza clásica de la que Esparta era la encarnación parece haber tenido un cierto, aunque limitado, eco si tenemos en cuenta que una asamblea de ciudadanos de Boston llegaría a agradecer a Dickinson sus desvelos “por su virtud espartana, romana y británica, unido a un espíritu cristiano.”¹⁷ También, Samuel Adams, uno de los adalides de la causa revolucionaria y uno de los firmantes de la Declaración de independencia llegó a expresar su deseo en un momento determinado de que Boston se convirtiera en una ‘Esparta cristiana.’¹⁸ Incluso el propio comienzo del conflicto entre Gran Bretaña y sus colonias contó con paralelismos clásicos por ambas partes. Mientras numerosos líderes de las colonias rebeldes esgrimían el símil en sus escritos de la tensión entre Córceira y Corinto como preámbulo al estallido de la guerra del Peloponeso, el célebre orador y político británico E. Burke se permitía citar una de las sátiras de Juvenal: *spoliatis arma supersunt* (VIII, 124) (‘a los saqueados, les quedan las armas’). A ambos lados del Atlántico parecía respirarse el mismo mundo clásico como referencia, si bien no debemos olvidar que se trata de un mundo educado del que hablamos que, a veces tiende a una cierta e inevitable idealización de la situación: así, cuando Thomas Jefferson (el principal redactor de la Declaración de independencia) escribía orgullosamente en una carta que “los nuestros son los únicos granjeros que pueden leer a Homero,¹⁹” podemos suponer que no se refería al conjunto de los agricultores americanos, sino al *gentleman farmer*...

George Washington fue un ‘granjero’ en ese sentido y aunque los azares de su familia le impidieron completar su educación en los clásicos, siempre mantuvo cierta reverencia hacia los mismos. Su respuesta a la proclamación del general británico John Burgoyne hacia el final de la guerra puede ser una buena muestra de ello:

Los ejércitos asociados de América actúan siguiendo los más nobles principios y para los más nobles propósitos. Su objetivo común es la Libertad. Con el mismo principio actuaron las armas de Roma, en los días de su gloria, y el mismo objetivo fue la recompensa del valor romano.”²⁰

Y aunque sabemos que la tragedia de Joseph Addison, *Catón* (1713) fue una de las favoritas de Washington, y que quizás un paralelismo entre ambos personajes como ‘luchadores por la libertad’ pudiera haber triunfado, no sería el famoso político romano de Útica sino un referente muy anterior el que se acabara asociando con el general americano y primer presidente del nuevo país. Nos referimos naturalmente a L. Quincio **Cincinato**, el mítico personaje de los comienzos de la República en Roma, cónsul primero y luego dictador

en los azarosos tiempos en los que el estado se vio amenazado por sus enemigos exteriores. Nos cuenta Livio que cuando fueron a ofrecerle el cargo le hallaron “atareado en una faena agrícola” (III, 26.9) y que tras derrotar a los ecuos en una audaz incursión nocturna, “abandonó al cabo de dieciséis días la dictadura que había recibido por seis meses” (III, 29.7) y simplemente regresó a cuidar de sus tierras. Sería difícil no ver aquí dos llamativos **paralelismos entre Cincinato y Washington**: por un lado el cruce del río Delaware en la helada noche del 25 al 26 de Diciembre de 1776 para sorprender a una guarnición enemiga, un hecho que le dio inmediata fama y que hoy se sigue estudiando en las escuelas americanas; y por otro lado, el no menos sorprendente de que tras dirigir ocho años la guerra contra los británicos (en calidad de comandante supremo del ejército continental) y tras conseguir la victoria y la independencia de su propio país, Washington dejara su alta posición, renunciara a su mando el 23 de diciembre de 1783 en Annapolis (Maryland) y volviera a sus tierras y a su granja en Mount Vernon. También es un hecho perfectamente conocido que tras intervenir en política y tomar un papel político destacado, esta vez como primer presidente de los Estados Unidos, y tras cumplir dos mandatos presidenciales, se retirase de la vida pública de nuevo a sus quehaceres domésticos y agrícolas, ya que la tranquilidad de su finca le proporcionaba un enorme placer. Parece a todas luces el tipo de comportamiento que se esperaría de uno de esos personajes romanos de los primeros tiempos de la república y por ese motivo no es de extrañar que una estatua del militar norteamericano y ‘padre de la patria’ fuera encargada, años después de su muerte, al famoso escultor neoclásico Antonio Canova y erigida en 1821 en Raleigh (capital de Carolina del Norte).²¹ En ella se observaba claramente al general Washington en atuendo romano y en el acto de escribir, la espada en el suelo simbolizando su abandono de las armas tras la rendición británica. Otras obras de arte, particularmente las pinturas de John Trumbull y Charles Peale (hoy perdidas) que le representaron como Cincinato y una gran estatua de Jean Antoine Houdon que le retrató como un caballero apoyado sobre unas fascas compuestas de trece varas unidas (posiblemente una alusión al lema *e pluribus unum*) y con un arado detrás de él, dieron mayor vida al mito del Cincinato redivivo, como símbolo de sobriedad, patriotismo y virtud cívica.²² No debe extrañarnos pues que en una fecha tan temprana como la de 1783 Washington fuera nombrado presidente de la *Society of the Cincinnati*, una institución integrada por oficiales del ejército continental que habían luchado en la guerra de la independencia y que ha perdurado hasta nuestros días.

Pseudónimos grecorromanos y toponimia clásica en los Estados Unidos

Si Washington fue pronto conocido como el Cincinato de América, no es pequeña la lista de otros líderes relacionados de algún modo con la revolución que exhibieron en algún momento **un nombre clásico para ocultar su identidad**, con la excepción de Thomas Jefferson que nunca gustó de pseudónimos y que se vanagloriaba de haber firmado sus escritos siempre con su nombre. Entre octubre de 1787 y mayo de 1788, Alexander Hamilton, James Madison (que llegaría posteriormente a ser presidente) y John Jay participaron en los intensos debates políticos inherentes al tipo de república y de poder presidencial que tendría el nuevo país. Sus comunicaciones (77 ensayos políticos que luego alcanzarían la suma total de 85 conocidos como *The Federalist Papers*)²³ fueron publicadas en varios periódicos de la ciudad de Nueva York bajo el pseudónimo de **Publius**, con independencia de cual de los tres escribiera. En esos escritos se alude con frecuencia a las ideas y modelos políticos de la Antigüedad: el papel de las asambleas de ciudadanos y los límites de su poder decisorio, el poder del Senado, de cuyo estudio derivaron “la necesidad de alguna institución que combine la estabilidad con la libertad” (*Fed.* LXIII), o el sistema de las anficionías griegas como ejemplo de confederación que, no obstante, les sorprendió y no muy favorablemente ya que en ellas “los miembros conservaban su carácter de estados independientes y soberanos,” (*Fed.* XVIII) lo que derivaría en una inevitable debilidad frente al enemigo, en este caso el reino de Macedonia, al no estar garantizado el frente común. Era opinión de los autores que el análisis de las actitudes y las formas de gobierno antiguas podían ser la mejor manera de no cometer los mismos errores que provocaron su destrucción, tales como la falta de unidad entre los griegos, la ambición personal y sus nefastas consecuencias, o la sed de conquistas de Roma que difícilmente pudo controlar o saciar... Esos estudios “debían advertirnos de los peligros y dificultades” (*Fed.* XXXVIII). A los ensayos colectivos (no todos ellos) de *Publius* se sumaron las cartas de John Dickinson sobre la cuestión de la constitución que hoy son conocidas por el pseudónimo que utilizó, como *The Letters of Fabius* (1788), mereciendo incluso la aprobación del propio George Washington. Alexander Hamilton utilizaría, para otros escritos fuera de sus colaboraciones con Madison y Jay, el apodo de **Titus Manlius**, mientras que Benjamín Franklin, al menos que sepamos en una ocasión, llegó a firmar con el nombre clásico de **Columella**. Samuel Adams adoptó una larga serie de pseudónimos de ascendencia o de sonoridad clásica: Así, muchos de sus artículos aparecidos en los años anteriores al estallido de la guerra llevaron la firma de **Vindex**, **Candidus** o **Valerius Poplicola**, mientras que reservó el odioso nombre de **Verres** para los gobernadores corruptos a los que atacaba desde sus escritos.²⁴

Y si los nombres romanos triunfaban en el ensayo político, **la toponimia clásica se multiplicó hasta extremos insospechados** una vez que la nueva república se lanzara a colonizar el interior del territorio norteamericano, si bien la ascendencia de algunos nombres antiguos puede datarse desde mucho antes, y a veces por motivos bien extraordinarios. A este respecto Gilbert Highet en esa obra insustituible que es *The Classical Tradition. Greek and Roman influences on the Western Literature* (1949) recoge una divertida anécdota que reproducimos a continuación:

El gobernador Pope dio a unas tierras que tenía cerca del Potomac el nombre de *Rome* en 1663, sin duda porque le agradaba la idea de que le llamaran *Pope of Rome* (Papa de Roma).²⁵

Pero volviendo al tema de la toponimia y basándonos en el estudio de las largas listas de ciudades que proporciona la obra de Wolfgang M. Schutte, *Classical Place Names in the*

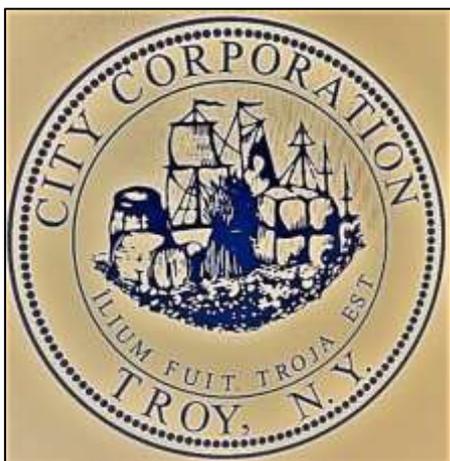


Foto del Sello oficial de la ciudad de TROY (Troya) en el estado de Nueva York.

United States (2016), los topónimos del mundo antiguo repetidos con más frecuencia en suelo de los Estados Unidos (en algunos casos utilizándose el mismo nombre en una decena de ocasiones por toda la geografía norteamericana) serían: **Arcadia, Concordia (bajo la forma Concord), Athens, Sparta, Eureka (sic), Homer, Carthage, Memphis, Troy, Rome, Marathon, Alexandria, Syracuse y Seneca**, si bien en este último caso podrían presentarse serias dudas al coincidir el nombre del célebre filósofo con el de la más grande de las naciones nativas americanas entre

los iroqueses. El listado que acabamos de exponer no se agota ni mucho menos en sí mismo, ya que un listado exhaustivo llenaría varias páginas. Tengamos en cuenta que sólo en el estado de Nueva York hay un amplísimo repertorio de ciudades con nombres de resonancias clásicas tales como **Cato, Ceres, Corinth, Ilion, Ithaca, Mycenae, Pharsalia, Pompey, Scipio o Utica**, por citar sólo una pequeña porción de las que podrían ser mencionadas.²⁶ Tal profusión de toponimia griega y romana (casi podemos imaginar a los responsables de dar nombre a las nuevas comunidades de colonos con un diccionario clásico en la mano) no pudo tener otro objetivo que el de contribuir a potenciar la imagen de un país nuevo pero ligado desde sus mismos orígenes con la mejor tradición de la civilización occidental, es decir la de la Grecia clásica y la de la eterna Roma.

El mundo clásico de Thomas Jefferson

Sin duda Thomas Jefferson fue un hombre excepcional para los tiempos en que le tocó vivir y aunque aquí sólo vamos a proponer a nuestros lectores que nos acompañen en un pequeño viaje en relación a sus especiales vínculos (que no fueron pocos) con el mundo clásico, no estaría de más destacar el hecho de que actuó como redactor de la Declaración de independencia, fue Gobernador de Virginia dos años durante la guerra y posteriormente presidente de los Estados Unidos (1801-1809). En el excelente estudio sobre la figura de Jefferson y su relación con Grecia y Roma titulado *Thomas Jefferson, The Classical World and Early America* (2011) editado por P.S. Onuf y N.P. Cole, se insiste ya desde un comienzo en la compleja actitud que este célebre político norteamericano mantuvo acerca de los clásicos,²⁷ y realmente cuando uno consulta sus escritos ésta parece una afirmación bastante acertada. La edición de las obras de Jefferson que hemos consultado para acercarnos a su figura es *The Life and Selected Writings of Thomas Jefferson*, editados por A. Koch y W. Peden en 1944, volumen que incluye buena parte de su correspondencia personal. En una de sus primeras cartas, fechada en 1760 cuando Jefferson apenas contaba con 17 años de edad, dirigiéndose a uno de sus tutores tras la muerte de su padre, mostraba ya su preocupación por que tuvieran continuidad sus estudios de latín y griego.²⁸ Por otra parte, **su interés por la lectura de los clásicos (a ser posible en su versión original) parece haber sido una constante a lo largo de su vida.** Si leemos otra de sus cartas, esta vez a Peter Carr, su sobrino favorito, hijo de su hermana Martha, vemos desplegado en ella todo un programa de estudios clásicos que nos puede dejar, como mínimo, asombrados:

Te aconsejo comenzar un curso de historia antigua, leyendo todo en la versión original y no en traducciones. Primero lee la historia de Grecia de Goldsmith y después los siguientes libros en este orden: Heródoto, Tucídides, Jenofonte (Anábasis), Arriano, Quinto Curcio, Diodoro Sículo y Justino. Este constituirá el primer paso de tu lectura histórica y es todo lo que necesito mencionarte por ahora. El siguiente ya será de historia romana: Livio, Salustio, las epístolas de Cicerón, Suetonio, Tácito, Gibbon [...] En cuanto a poesía griega y latina habrás leído o leerás en la escuela a Virgilio, Terencio, Horacio, Anacreonte, Teócrito, Homero, Eurípides, Sófocles [...] En lo que se refiere a cuestiones morales lee a Epicteto, la Memorabilia de Jenofonte, los diálogos socráticos de Platón, los escritos filosóficos de Cicerón, Antonino (se refiere a Marco Aurelio) y Séneca.²⁹

No habría mucho que añadir para una perfecta formación clásica. Por si fuera poco, le anuncia a su sobrino que ha dispuesto que le sean enviados algunos de esos volúmenes desde Londres (Jefferson estaba en ese momento en París como plenipotenciario del gobierno

norteamericano) así como algunos libros españoles y una gramática y un diccionario de esa lengua. En su etapa de estudiante entró en contacto e incluso perseveró en al menos siete idiomas: griego, latín, francés, italiano, español e inglés con algo de anglosajón (o inglés antiguo).³⁰ Sabemos, desde luego, que Jefferson leía con fluidez en latín y en griego y que consideraba esa capacidad una de las mayores ventajas con las que podía contar una persona educada:

disfruto de Homero en su propia lengua infinitamente más que en la versión de (Alexander) Pope (...) Agradezco de rodillas a aquel que dirigió mi educación por haberme puesto en posesión de esta rica fuente de placer.³¹”

Sin embargo, y a medida que repasamos sus escritos se hace más evidente que el aspecto que más le atrae de los autores antiguos es el que se relaciona con los principios morales y de comportamiento:

Sus preceptos se relacionan principalmente con nosotros mismos y con el gobierno de esas pasiones que de ser dejadas sin restricción provocarían una agitación de nuestra serenidad de espíritu (*tranquility of mind*).³²

De entre los sistemas filosóficos del mundo clásico, **Jefferson se sintió atraído indefectiblemente por el epicureísmo**: “Como usted dice y yo también (escribiendo a William Short en 1819) soy un epicúreo.³³” Es curioso sin embargo que en los consejos a su sobrino citara a Epicteto pero no a Epicuro, aunque debemos considerar que casi habían transcurrido 25 años entre esas dos citas. Su entusiasmo por los ideales del epicureísmo le llevaron a incluir en esa misma carta que acabamos de citar un compendio de las ideas de Epicuro, *A Syllabus of the doctrines of Epicurus*, insistiendo en que la virtud debía consistir en una combinación de prudencia, templanza, fortaleza y justicia, frente a la locura, el deseo, el miedo y la falsedad.³⁴ Un aspecto que le preocupaba y que emerge en algunos de sus escritos era el del orgullo intransigente y también en este caso supo encontrar referencias en el mundo clásico llegando a afirmar en una carta a James Madison que “como entre los romanos, el general de hoy debería ser el soldado de mañana, si fuera necesario,³⁵” mientras que en otra misiva bastante posterior, que trataba de la primacía de individuos o estados en la política, esgrimió el original argumento de que “esta cuestión de la prioridad es como indagar quien de los 300 espartanos fue el primero en ofrecer sus nombre a Leónidas.³⁶”

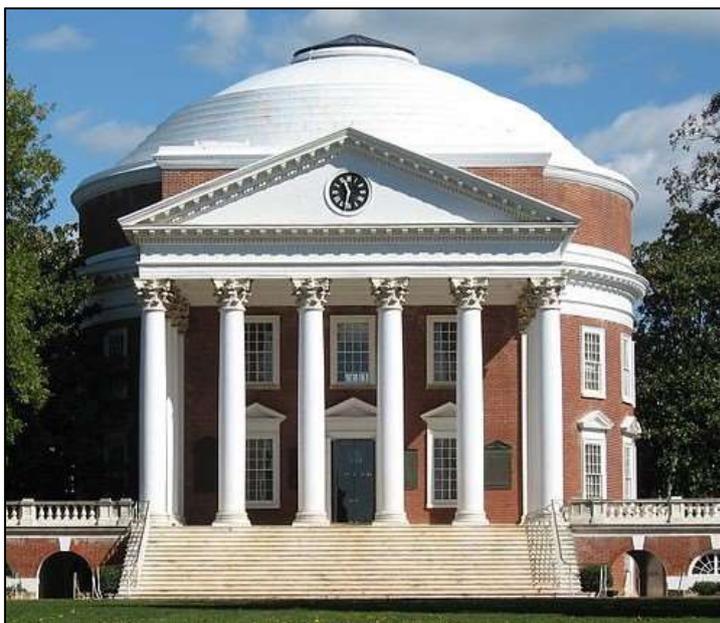
Sin embargo, **en el terreno de la política y del arte de gobernar Jefferson no se mostró tan partidario de seguir los modelos de la antigüedad**, excepto si se tomaban para

ser conscientes de los peligros a los que queda expuesta la sociedad civil. En sus *Notes on Virginia* (1782), y a este respecto, advierte sobre el carácter nefasto de la institución de la dictadura en Roma si ésta se tomara como referencia: “Pero ¿puede derivarse del hecho de que la constitución del gobierno romano concediera a su Senado el poder de colocar todos los derechos bajo la voluntad de un hombre, que la asamblea de Virginia tenga la misma autoridad?³⁷” Para él, el modelo federal de la república norteamericana era la mejor salvaguarda para la libertad de los ciudadanos frente al poder demasiado grande de un sistema centralista. Su propia idea de cómo deberían ser dispuestos y equilibrados los poderes le alejó del modelo clásico romano y como ha escrito Peter S. Onuf “le condujo a deshacerse de lo que le quedaba de su republicanismo clásico.³⁸” También, y debido a que varios de los estados de la nueva república norteamericana mantuvieron la esclavitud, **el tema de la utilización de mano de obra esclava en la antigüedad y en su propia época acabaría convirtiéndose en un tema espinoso para Jefferson**, puesto que, a pesar de mantener él mismo esclavos en sus propiedades, escribió abiertamente sobre el maltrato que en los tiempos de la antigua Roma se les dispensaba. El que la democracia ateniense y la Roma republicana mantuvieran esclavos sin complejo alguno fue un asunto que para muchos justificaba la permanencia de esa execrable institución en tiempos modernos, especialmente en los territorios sureños donde se extendían las plantaciones de algodón y tabaco. En todo caso, los escritos de Jefferson acerca de la esclavitud adolecen de un cierto carácter contradictorio y, aunque sus extensos comentarios sobre este asunto superarían el marco que nos hemos propuesto trazar en este artículo, sí que podemos apuntar que intentó exculpar al colectivo de los esclavos negros en suelo americano de la acusación habitual en aquellas fechas acerca de la innata depravación de su sentido moral, atribuyendo su comportamiento mayormente a la triste condición a la que se habían visto reducidos, es decir a un factor externo y no consustancial a su etnia o raza. También aquí acudió a los clásicos citando a Homero en ese pasaje de la Odisea en el que Eumeo afirma que “Zeus le quita al hombre la mitad de la virtud el mismo día en que cae esclavo” (canto XVII, 321-323).³⁹

Donde sí parece que Jefferson pudo dar rienda suelta a su declarado amor por la antigüedad fue en el campo arquitectónico. Los diseños del Capitolio de Richmond (Virginia) y de su casa en Monticello (en el mismo estado) así como los que produjo para la erección de la Universidad de Virginia son un claro ejemplo de ello. En el estudio clásico de I. T. Fray, *Thomas Jefferson: Architect and builder* (1931) leemos, con no poco asombro, acerca de su frenética actividad arquitectónica:

Monticello es ampliamente conocida como la creación de su mente fértil, pero pocos, comparativamente, son conscientes de las antiguas y elegantes mansiones de Virginia que fueron diseñadas por él, o de la influencia que ejerció en la arquitectura no sólo de su estado nativo, sino de nuestro país en general. Esa influencia puede ser vista en el diseño del Capitolio y la Casa Blanca en Washington, en el Capitolio (de Virginia) en Richmond y en la Universidad de Charlottesville, y de incontables pórticos con columnas...⁴⁰

Jefferson adoraba la arquitectura y para él los logros conseguidos en los tiempos clásicos en ese campo difícilmente podrían ser superados. Sus ideas acerca de la combinación de elementos arquitectónicos son casi por entero neoclásicas, lo que contribuiría en no poca medida a un verdadero *Greek and Roman Revival* arquitectónico en los jóvenes Estados Unidos. El nuevo país se identificó hasta tal punto con esa vuelta al pasado clásico que esas construcciones llegarían a ser consideradas parte fundamental de un “estilo nacional norteamericano.” Mientras se encontraba en servicio oficial en Francia entre los años 1784 y 1789 no dejó de observar las ruinas de edificios legados por el pasado romano de las ciudades y zonas que visitaba. Así, cuando ya tenía en mente buscar diseños adecuados para el Capitolio



Edificio de la antigua biblioteca de la Universidad de Virginia diseñado por Thomas Jefferson en imitación del Panteón de Roma. Foto en el dominio público.

del estado de Virginia recibió una gran impresión al contemplar de cerca el célebre templo dedicado a los nietos de Augusto, los malogrados Cayo y Lucio, en Nimes. En una carta a James Madison fechada en París el 20 de septiembre de 1785 leemos la siguiente información: “Hemos tomado para nuestro modelo lo que se conoce como la *Maison Quarrée* (sic) de Nimes, una de las muestras más bellas y preciosas de arquitectura que nos ha legado la antigüedad.⁴¹” El resultado final tendría mucho de esa serena grandeza que tanto promocionó el estilo neoclásico. Para su propiedad en Monticello, Jefferson seguiría las ideas del que consideraba el gran maestro del arte arquitectónico, Andrea Palladio del que estudió concienzudamente su obra teórica y realizaciones a través de diversas ediciones de su obra que atesoró en su biblioteca, al menos

tres en inglés y dos en francés que sepamos.⁴² Aun manteniendo un carácter peculiar, la entrada a la casa de Jefferson recuerda la Villa Capra (la Rotonda) del maestro Palladio, aunque el efecto sea mucho menos imponente en el caso americano. En cuanto al otro gran conjunto que diseñó, la Universidad de Virginia (de la que Jefferson fue su primer Rector) es innegable el paralelismo entre el Panteón de Roma y el edificio central del complejo universitario (la *Rotunda*, utilizada primeramente como biblioteca) con su elegante pórtico clásico al que está adherido un espacio cilíndrico coronado por una cúpula. Toda una declaración de amor por la arquitectura clásica.

Epílogo

La privilegiada relación que los revolucionarios americanos quisieron mantener con respecto a los clásicos griegos y romanos conoció nuevos y diferentes vaivenes en el curso de los años siguientes, pero aunque en este artículo no nos hemos propuesto analizar ese vínculo más allá de los primeros tiempos de existencia como país de los Estados Unidos, una exitosa exposición titulada “*Ancient Rome & America*” en el *National Constitution Center* de Filadelfia, celebrada entre el 19 de Febrero y el 1 de agosto de 2010 y que incluía la exhibición de no menos de 300 objetos relacionados con el tema, nos confirma que, después de todo, éste es un tema que sigue despertando interés.

¹ El motivo iconográfico al que nos referimos aquí es en realidad el Gran sello de los Estados Unidos, un diseño que enlaza con los primeros tiempos del nuevo país.

² Junto con *E pluribus unum*, la expresión *Annuit coeptis* muestra el mismo número simbólico, como también lo hacen las estrellas sobre el águila, las barras en el escudo, las flechas en una de las garras y las hojas de la rama de olivo en la otra, así como trece escalones en la pirámide en el lado contrario al del águila.

³ Monroe E. Deutsch, *E Pluribus Unum*, *The Classical Journal*, vol. 18, n° 7 (1923), pág. 387.

⁴ Estas expresiones corresponden al segundo comité señalado para dirimir la cuestión del sello y el lema que debía acompañarlo. Deutsch, *op. cit.*, pág. 388.

⁵ Agradecemos muy sinceramente a Charo Marco sus precisas indicaciones a este respecto. En la publicación *Moretum* de su excelente blog *De Re Coquinaria* leemos lo siguiente (que reproducimos aquí con su permiso): “El *Moretum* era una crema o salsa de queso que se consumía en el *ientaculum* o desayuno acompañado de pan. Sobre este plato, cuyos ingredientes principales son ajos, hierbas aromáticas, queso, sal, aceite y vinagre, nos han llegado diferentes recetas de autores como Apicio y Columela.” (*De Re coquinaria*, 2 de septiembre de 2007)

⁶ Deutsch, *op. cit.*, pág. 390.

⁷ Así lo sugiere igualmente Deutsch, que menciona como en la publicación inglesa *The Spectator* para agosto de 1711 la cita *Exempta juvat spinis e pluribus una* debió tener un claro origen horaciano, *op. cit.*, 391.

⁸ Deutsch, *op. cit.*, pág. 392.

⁹ Dorothy Foster, *The Earliest Precursor of Our Present-Day Monthly Miscellanies*, *PMLA (Publications of the Modern Language Association of America)* 32, N° 1 (1917), pág. 25.

- ¹⁰ Agradecemos a Amparo Moreno la referencia al *pileus* en la cultura norteamericana como símbolo de libertad en el Gran sello del Senado de Estados Unidos en su magnífico blog *Hortus Hesperidum*, entrada de 22 de diciembre de 2014, *Saturnalia pilleata*.
- ¹¹ Carl J. Richard, *The Founders and the Classics. Greece, Rome and the American Enlightenment*. Harvard University Press, 1995, pág. 12.
- ¹² P.S. Onuf and N.P. Cole (ed.), *Thomas Jefferson, The Classical World and Early America*, University of Virginia Press, 2011, pág. 24
- ¹³ A este respecto recomendamos el interesante artículo “Democracia ateniense vs. revolución americana: el rechazo al paradigma clásico,” de Clelia Martínez Maza, en *Potestas, Estudios del mundo clásico e Historia del arte*, número 3, 2010, págs. 215 a 226.
- ¹⁴ Así lo ha descrito Caroline Winterer en su obra *The Culture of Classicism. Ancient Greece and Rome in American intellectual Life (1790-1910)*, The John Hopkins University Press, 2002, págs. 46-47
- ¹⁵ Margaret Malamud, *Ancient Rome and Modern America*, 2009, pág. 5.
- ¹⁶ John Dickinson, *Letters of a Farmer in Pennsylvania to the Inhabitants of the British Colonies*. Carta III, Filadelfia. La versión que hemos consultado es una reimpresión fechada en 1774, págs. 26-34. La referencia a los espartanos como “un pueblo, tan bravo y libre como nunca hay existido otro” corresponde a la página 29.
- ¹⁷ Carl J. Richard, *Greeks and Romans bearing Gifts. How the Ancients inspired the Founding Fathers*, 2009, pág. 31.
- ¹⁸ Citado por Richard M. Gummere en *The American Colonial Mind and The Classical Tradition*, 1969, pág. 116.
- ¹⁹ Carta al señor de Creve-Coeur, fechada en París el 15 de enero de 1787. En *The Life and Selected Writings of Thomas Jefferson*, N. York, 1944, pág. 410.
- ²⁰ Este pasaje ha sido traducido directamente del Manifiesto de Washington reproducido en *The Westminster Magazine or The Pantheon of Taste*, junio de 1777, pág. 488
- ²¹ Hoy en día sólo puede contemplarse una reproducción ya que el trabajo original de Canova sufrió grandes daños en un incendio unos años más tarde su creación. El gran pedestal que la sustentaba incluía bajorrelieves, en uno de los cuales se apreciaba la figura de Cincinato regresando a sus labores agrícolas.
- ²² Ver a este respecto los comentarios sobre el contenido simbólico de Cincinato en la revolución americana en el Epílogo de la obra de Eran Shalev, *Rome’s Reborn. Historical Imagination and The Creation of the American Republic*. University of Virginia Press, 2009, págs. 217-223.
- ²³ La edición que hemos utilizado es la traducción completa de los ensayos que lleva por título *El Federalista: Los 85 ensayos que Hamilton, Madison y Jay escribieron en apoyo de la constitución norteamericana*, FCE, México, 1982.
- ²⁴ Los escritos de Adams que hemos consultado y donde se pueden ver las firmas que hemos mencionado son los que se mueven entre los años 1764 a 1769 y corresponden a los volúmenes I y II de *The Writings of Samuel Adams*, G.P. Putnam’s Sons, 1904 y 1906 respectivamente. La mención a Verres en la página 41 del volumen II.
- ²⁵ Gilbert Highet, *La tradición clásica, Influencias griegas y romanas en la literatura occidental*, vol. II, FCE, 1996, tercera reimpresión de la primera edición en español, pág. 164.
- ²⁶ A este respecto queremos destacar una obra que puede arrojar mucha luz sobre este asunto. Nos referimos al estudio de W.R. Farrell, *Classical Place Names in N.Y. State. Origins, Histories and Meanings*, Pine Grove Press, 2002.
- ²⁷ Peter S. Onuf y Nicholas P. Cole, *Thomas Jefferson, The Classical World and Early America*, University of Virginia Press, 2011, págs. 1-6.
- ²⁸ A. Koch y W. Peden, *The Life and Writings of Thomas Jefferson*, The Modern Library, N. York, 1944, pág. 351.
- ²⁹ *The Life and Writings of Th. Jefferson*, carta de 19 de agosto de 1785, fechada en París a su sobrino Peter Carr, págs. 374-375.
- ³⁰ *The Life and Writings of Th. Jefferson*, carta de 12 de abril de 1817 a Joseph Delaplaine, fechada en Monticello (Virginia), que incluye cierta información autobiográfica que, normalmente, era reacio a proporcionar. Cita el colegio donde estudió: *William and Mary*, de Williamsburg.
- ³¹ *The Life and Writings of Th. Jefferson*, carta de 27 de enero de 1800, fechada en Filadelfia, a Joseph Priestly, científico inglés notorio por sus trabajos sobre el oxígeno y que en ese momento estaba en los Estados Unidos, pág. 554. El tema de la carta giraba en torno a la enseñanza de las lenguas clásicas en la Universidad de Virginia. El autor al que se refiere, Alexander Pope fue un conocido poeta y autor británico, al que se conoce por haber proporcionado al mundo una célebre traducción de la *Ilíada* en lengua inglesa aparecida entre 1715 y 1720.
- ³² *The Life and Writings of Th. Jefferson*, carta de 21 de abril de 1803, fechada en Washington y dirigida al doctor Benjamin Rush, pág. 568.

³³ *The Life and Writings of Th. Jefferson*, carta de 31 de octubre de 1819 a William Short, fechada en Monticello (Virginia), pág. 693.

³⁴ *A Syllabus of the doctrines of Epicurus*, incluido en la carta anterior, págs. 696-697.

³⁵ *The Life and Writings of Th. Jefferson*, carta de 1 de enero de 1797 a James Madison fechada en Monticello (Virginia), pág. 539

³⁶ *The Life and Writings of Th. Jefferson*, carta de 3 de marzo de 1818 al doctor Benjamin Waterhouse, fechada en Monticello (Virginia), pág. 686.

³⁷ *The Life and Writings of Th. Jefferson, Notes on Virginia*, Query XIII, pág. 247.

³⁸ Peter S. Onuf, *Ancient, Moderns, and the Progress of Mankind: Thomas Jefferson's Classical World*, en Peter S. Onuf y Nicholas P. Cole, *op. cit.*, pág. 50.

³⁹ Hemos usado la versión de Luis Segalá para reproducir este fragmento. Homero, *Odisea*, Espasa-Calpe, 1973, pág. 182. La mención a este pasaje la encontramos en las antes mencionadas *Notes on Virginia*, Query XIV, pág. 261

⁴⁰ I. T Fray, *Thomas Jefferson: Architect and builder*, Garrett and Massie, Richmond, 1931, pág. 1.

⁴¹ *The Life and Writings of Th. Jefferson*, carta de 20 de septiembre de 1785 a James Madison, fechada en Paris, pág. 380.

⁴² Fray, *op. cit.*, pág. 4.